

alabado el proceder de Beda (1), el erudito anglo-sajón del siglo octavo, quien independientemente y con relación á buenas fuentes romanas, volvió á Eutropio y á Orosio, enlazando con las de estas las noticias de Gildas. Para los últimos tiempos del romanismo y la irrupción de los bárbaros en Britania, no utilizó mas que la obra de Gildas y algunas pocas leyendas religiosas y reminiscencias sajonas.

Este autor señala á los escotos y á los pictos como opresores de los bárbaros que se encontraban bajo la dominación romana. Los escotos de Irlanda y los pictos de la Albion ó pechtes, como mas justamente los denomina el sajón Widukind, pueblos todos de origen celta, habitaban la Albion septentrional y el Orkney, y eran distintos de las poblaciones que los romanos designaron anteriormente con el nombre de caledonios. No hay que dar mucho crédito á la leyenda de su emigración tal como la refieren Nennius y en parte Beda; lo único que puede creerse es que los escotos en época posterior se extendieron por el canal del Norte y por Escocia, ocupando las costas occidentales de esta al Norte de Clyde y la comarca de Dalreida, que mas adelante se llamó Argyle. Aquel movimiento de avance hacia el Sur que operaron los caledonios, á cuyo encuentro debía salir Septimio Severo, pudo haberse hecho en combinación con el acto de desalojar estas comarcas la población que habitaba al Norte del baluarte de Antonino. Desde entonces, sin embargo, se pierde su nombre para ser sustituido en estos territorios por el de los pictos y el de los escotos. Desde Firth of Forth, donde estaba su capital Gindí, y desde Clyde, donde se encontraba la antigua ciudad británica Emporium Alcluith (Dumbarton), se extendieron los pictos y los escotos respectivamente hacia el Sur, y asolaron por mar y por tierra, con sus rapiñas, la Britania romana. El baluarte de Adriano, reconstruido y fortificado por Severo y por él posteriormente conservado, sirvió de muy poca cosa, porque el enemigo lo envolvía por mar, y defenderlo por medio de la escuadra ofrecía grandes dificultades, porque en aquel mismo tiempo y á menudo en combinación con los pictos y escotos, se presentaron en las costas británicas numerosas hordas de alemanes.

¿De dónde procedían estos alemanes? Esto es lo que no puede determinarse fijamente. Comúnmente se les denominaba sajones, dándoseles, por tanto, un nombre que Tácito no conocía todavía y con el cual, al decir de Tolomeo, que escribió á mediados del siglo segundo, se designaba á aquellos pueblos que habitaban detrás de los caucos de la península cimbría, al Norte del Elba, quizás en la actual Holstein, y que poseían algunas islas junto á la desembocadura del Elba. Su nombre se deriva indudablemente del *saks*, espada corta á manera de machete que usaban, y durante el siglo tercero este nombre se hizo extensivo á las poblaciones del Sudoeste del Elba, á los caucos de la costa, á los agrivarios (engers) de ambos lados del Weser, y á los cheruscos, que tomaron parte en las empresas marítimas de los sajones contra las costas de las Galias, donde se presentaron por vez primera el año 287, y contra la Britania. En estas expediciones figuraban no solo los sajones sino también los francos, y existen

Nennius hace al padre de Constantino el Grande, muerto en Britania, hijo de este, que murió en Oriente, no vacilo en creer que el dato de Caer-Segeint es una corrupción de Caer-Costain (ciudad de Constantino, Constantinopla) debida á la semejanza de pronunciación. En Mimantum, segundo nombre de Caer-Segeint, sospecho una corrupción de Bizantium.

(1) Murió en 735. Durante los últimos años de su vida escribió su obra, tan importante para nosotros, titulada: *Historia ecclesiastica Anglorum*, en la que trabajaba todavía en 731. Las ediciones mas conocidas de esta obra, son la de Y. A. Giles: *The miscellaneous works of venerable Beda*, vol. II y III, Londres, 1843, y la de A. Holder, *Friburgo*, 1882.

motivos fundados para creer que así los anglios del Schleswig como los jutos, que despues conquistaron y ocuparon con los sajones la Britania, y como quizás algunos pueblos septentrionales, se pusieron desde un principio al lado de los sajones. El objeto primordial de sus expediciones era en un principio, y continuó siendo durante siglo y medio, exclusivamente el robo, para evitar el cual viéronse los romanos obligados, durante la segunda mitad del siglo tercero, á aprestar una escuadra que solo de un modo incompleto llenó su cometido. Carausio, jefe de esta escuadra de defensa, entró en inteligencias con los piratas sajones y francos, y cuando estos comenzaron á sospechar de él, atrevióse á cosa de mayor importancia, pues se hizo investir en Britania de la púrpura imperial.

Referir las diversas irrupciones de los pictos, de los escotos y de los atacottas ó de los alemanes, sería tarea imposible é inútil. Rechazados con frecuencia, volvían á la carga con fuerzas mas numerosas, mientras los romanos, señores del país, se debilitaban en las luchas que para ocupar el trono ocurrieron durante los siglos tercero y cuarto, y exasperaban con sus vejaciones administrativas á los indígenas, impulsándolos al levantamiento. Tomar precauciones contra aquel enemigo era punto menos que imposible, porque tan pronto se encontraba en un sitio como en otro, segun el viento empujaba sus embarcaciones. El mayor peligro que ofrecían era la rapidez con que efectuaban sus movimientos. A mediados del siglo cuarto, sus irrupciones se habían convertido en una plaga permanente (2), y cosa corriente eran ya las derrotas sufridas por las tropas imperiales en sus luchas con aquellos invasores. La falta de inscripciones romanas de la siguiente década demuestra que una gran parte de la provincia pudo en aquel tiempo estar en poder de los bárbaros. Juliano, cuyo genio militar tuvo allí ocasion de mostrarse tan brillante como contra los alamanos y francos, nada pudo hacer personalmente por la Britania, á causa de los peligros que amenazaban la frontera del Rhin. Teodosio, padre del emperador de su mismo nombre, rehabilitó en dicha provincia, durante el reinado de Valentiniano I, el honor de las armas romanas (368-370). Despues de haber desembarcado en Rutupie, en el extremo oriental de Kent, con algunas legiones y tropas auxiliares báltavas y hérulas, derrotó, durante su marcha hacia Londres, á muchas de aquellas hordas de bandoleros, arrebatándoles su rico botín de hombres, ganado y preciosidades y entrando triunfalmente en Londres, que por fin pudo respirar tranquilamente. Al año siguiente, obtuvo nuevas victorias sobre los bárbaros, puso de nuevo guarniciones en los castillos y baluartes fronterizos y conquistó segun parece, algunos territorios situados mas allá de estos, á los cuales, en honor del emperador, se dió el nombre de Valentia. Teodosio, celebrado por Claudiano con exageración poética, que sitió á los caledonios y regó con sangre sajona las Orcadas, prestó indudablemente grandes servicios al imperio, reconquistando la provincia británica, y no fué culpa suya si despues de su destitución esta se vió de nuevo invadida por los enemigos. Cierto que el emperador Valentiniano fué celebrado en el año 375 por haber dominado á los piratas sajones y haber pacificado la provincia; cierto que Claudiano para alabar á Estilicon hace hablar á aquella en los siguientes términos: «A mí me salvó cuando los escotos se presentaron procedentes de Yerne (Irlanda) con fuerzas superiores y cuando azotaban el mar los remos de los enemigos; á él se debe que yo no tenga que temer á los pictos y á los escotos ni que contemplar desde la segura playa á los navegantes

(2) El famoso párrafo del contemporáneo Ammiano Marcelino, *XXIV*, 4, párrafo 5, dice (año 365): *Picti saxonesque et scoti et atacotti britannos arumnis vexare continuis.*

sajones.» Pero la constante repetición de estas salvaciones demuestra cuán poco valía cada una de por sí.

Segun parece, los escotos se habían apoderado, por aquel tiempo, de una gran parte del país de Gales, hasta que su príncipe Cuneda, con el sobrenombre de Wledig, es decir, el glorioso, los arrojó de nuevo de allí. Sin embargo, mientras en el interior del país, y especialmente en el centro y al Oeste de la isla, el elemento romano estuvo al parecer sobrepuesto al indígena, mantuviéronse firmes las guarniciones fronterizas del baluarte de Adriano, de las plazas de la costa y especialmente del puerto del canal. Todavía á fines del siglo cuarto, como lo demuestran los mojones que de milla en milla se colocaron, tenía especial cuidado en mantener en buen estado y en aumentar la red de caminos que ponían en comunicación los castillos (1), y en las costas alzábanse varios faros. ¿Pero de qué servían todas las fortificaciones si faltaban hombres que las defendieran? No solo las legiones acantonadas en la isla y las tropas auxiliares alemanas á ello enviadas, eran utilizadas fuera de allí, á causa de las nuevas usurpaciones del trono, sino que también las mismas tropas provinciales eran en tales ocasiones enviadas en masa al otro lado del mar, como sucedió cuando fueron proclamados en Britania Máximo (383-388) y Constantino (407). La proclamación de este último pudo coincidir con el hecho de haber Estilicon sacado de la isla los restos del ejército romano que «había dominado á los sajones y á los escotos,» con ocasion de estar la propia Italia amenazada por los godos. La dominación romana de Britania tocaba á su fin, aun cuando no se había extinguido por completo el romanismo en aquella isla.

CAPITULO II

RESTOS DEL ROMANISMO Y COMIENZOS DEL CRISTIANISMO EN LAS ISLAS BRITÁNICAS

No todos los habitantes romanos ó romanizados de la provincia británica, como tampoco en análogas circunstancias los de las comarcas del Danubio y de los Alpes, abandonaron aquellos territorios cuando se retiraron las tropas, sino que relativamente á la tradición de los tiempos que siguieron, quedaron algunos vestigios, aunque pocos, de su permanencia y de su importancia entre los britanos. Aun cuando el idioma latino solo prestó y tomó algunas palabras del de los indígenas, sin fundirse con él en un nuevo idioma, como había sucedido en otras comarcas, una vez terminada la dominación romana conservóse todavía en el lenguaje político y religioso, como lo demuestran las muchas inscripciones cristianas de los posteriores siglos, que en tan gran número se han encontrado en Yorkshire, Gales y Cornwall (2), y que atestiguan que no se perdió por completo el conocimiento de los poetas romanos ni de la forma poética. En una de estas inscripciones se enlaza una reminiscencia de Job con un verso de Marcial, (II, 54, 4.); en otra del Caermarthen se conmemora, en dición castiza, á un tal Paulino que en la segunda mitad del siglo sexto mereció bien de la religión y de la patria; y lo que es mas todavía, el romanismo, abandonado á sí mismo en Britania, conservó, segun parece, en las mencionadas comarcas por algun tiempo la dirección política y militar. Una inscripción descubierta en Whitty (Scarborough), y que probablemente es del siglo quinto ó sexto, en la cual se habla de un prepósito Justiniano y de un magister Vindiciano como constructor ó restaurador del castillo que allí se alza, merece ser dejada á un lado, porque así su senti-

(1) Hübner al final de su mencionado trabajo.

(2) Coleccionadas por Emilio Hübner en las *Inscriptiones Britanniae Christianae Berolini et Londini*, 1876.

ANGLO-SAJONES

do como la época en que se escribió son bastante inseguros. Pero no podemos prescindir de Ambrosio Aurelio, conocido en la leyenda céltica como rey, el cual, descendiente de una familia romana de elevada alcurnia, fué investido de la púrpura en el siglo v y al frente de los britanos de Gales triunfó de los sajones. Gildas, que es quien nos refiere esto, pudo muy bien en el siglo vi tener noticia de él; al llamar degenerado al descendiente de Ambrosio prueba con tal censura que en su tiempo había todavía familias cuyo abolengo romano era de todos conocido. De romana estirpe eran, indudablemente, los contemporáneos de Gildas, el príncipe Constantino, á quien censura duramente por su crueldad y rudeza, y Aurelio Conano, rey de país ignorado, único vástago que quedaba de su casa, «como árbol aislado en mitad del desierto,» y cuya ruina se debió á su afición á los placeres. Estos fueron en sus respectivas comarcas los últimos representantes de un romanismo bastardeado. El romanismo subsistió aun durante mucho tiempo en Gales con cierta organización política. En el siguiente siglo se menciona todavía en este último país un «rey de los romanos» (3), lo cual constituye ciertamente un título acerca de cuya significación sería muy atrevido formular aun simples sospechas. En todo caso, siempre resulta que el romanismo no pereció de una vez en Britania, sino que se fué extinguiendo poco á poco en el transcurso de los siglos. El anglo-sajón Beda, que no supo mencionar otros restos de la dominación romana en Britania mas que monumentos, fortificaciones, puentes y caminos, olvidóse de citar el monumento mas importante, á saber: el cristianismo, que habían importado allí los romanos y que sobrevivió á la ruina de estos.

Los orígenes del cristianismo entre los britanos están envueltos en la oscuridad: con los comerciantes y los soldados hubo de cruzar el mar desde las Galias y desarrollarse muy silenciosamente antes de que llamara sobre sí la atención y se atrajera persecuciones (4). No puede saberse á punto fijo si las noticias que nos da Beda acerca de un rey britano llamado Lucio, que por la intervención del obispo romano Eleuterio (177-190) recibió, despues de Nennius y con todos los reyes del pueblo britano, el bautismo, son realmente exactas, ni si la afirmación de Tertuliano de que el cristianismo se extendió en Britania por comarcas que nunca habían pisado los romanos, es algo mas que una hipébole retórica. Cien años despues, la persecución de Diocleciano sacrificó en aquella isla á los primeros mártires; cuéntanse entre ellos los santos Albano de Verulam, Aaron y Julio de Caerleon, y otros muchos de ambas procedencias que en muchos lugares dieron muestras de gran valor, «militando en las filas cristianas.» La tolerancia de Constantino el Grande, de cuya época se han conservado los nombres de los obispos de York, Londres y Lincoln, que en el año 314 tomaron parte en el sínodo de Arlés, hizo que allí, como en todas partes, se aumentara rápidamente el número de creyentes; por otro lado, maduraron con frecuencia estas admirables comuniones de ideas, como aconteció con el propietario de la quinta de Frampton (Dorchester), en cuyo suelo

(3) Hübner, n.º 160; una inscripción, desgraciadamente muy mutilada, del siglo nono, habla de un rey Concenn de Povos (Denbigshire) que refiere las hazañas de sus antepasados y una lucha con el *rex romanorum*. Aunque en una notable piedra sepulcral cristiana, en Irlanda, (véase Gaidoz: *Les inscriptions latines de l'Irlande*, table 5), se lee *septem romani*, claro es, como muy justamente hace notar Gaidoz, que no hay que pensar en romanos propiamente dichos, ni tampoco, como él pretende, en habitantes del imperio, sino mas bien en aquellos romanos británicos.

(4) Una inscripción encontrada en el Merionetshire (Gales), que cita Hübner, número 131, pudo pertenecer á época anterior. Dice así: *Porius (hic in tumulo iacet) homo christianus fuit.*

mosaico, los versos yámbicos que acompañan á las figuras de las divinidades de la antigüedad forman el monograma cristiano. Entre los habitantes celtas de la provincia, no había desaparecido todavía por completo el paganismo, y allí donde fué abatido por las nuevas creencias, el carácter del pueblo, «que siempre quería novedades y que no se mostraba constante en nada,» ofrecía un terreno muy propio para luchar por las doctrinas religiosas. Allí comenzaron el arrianismo, en el siglo cuarto, y la doctrina de Pelagio, que era britano, en el siglo quinto. Con la lucha contra el pelagianismo comienza la historia eclesiástica britana propiamente dicha, y en el mismo momento en que quedó el país políticamente independiente de Roma, comenzaron con ella los lazos religiosos.

El obispo romano Celestino, instado por el diácono Paladio, que según parece sostenía relaciones con los fieles de Britania, envió á esta isla, en 429, al obispo German de Auxerre, al cual se agregó Lupo, obispo de Troyes. Estos prelados, en una discusión religiosa que presenciaron como espectadores y como jueces innumerables personas, hicieron callar con «el torrente de su elocuencia» á los partidarios de Pelagio; de su ortodoxia dieron testimonio los milagros, que en aquella época no podían faltar, y á consecuencia de una victoria sobre los sajones y los pictos unidos, que los prudentes consejos de German proporcionaron á los ya desanimados britanos, muchos paganos recibieron las aguas del bautismo. No se crea por esto que las doctrinas arrojadas de Roma desaparecieran repentinamente de la isla. Con el mismo objeto volvió otra vez allí German, acompañado de Severo de Tréveris, discípulo de Lupo, y si los iniciadores de las herejías fueron entregados á aquel sacerdote para ser deportados, este resultado favorable á la futura ortodoxia de la isla fué debido no solo á la predicación sino también á la protección dispensada por los poderes temporales.

La misión de German no es más que un eslabón de la cadena de empresas cuyo objetivo era encadenar más y más á Roma, como centro del cristianismo continental, á los celtas del interior y del exterior de la provincia, que había sido abandonada bajo el punto de vista político. En ella había formado y á ella había sido indudablemente enviado el britano Niniano, que condujo á German al territorio de los pictos del Sur; él fué quien hizo construir en Galloway, enfrente de Man, el primer templo de piedra que se alzó en aquella comarca, y que por el color fué llamado *la casa blanca*, hoy Witehorn. Algunas antiguas piedras sepulcrales cristianas que allí y en algunos puntos de la Escocia meridional y en las costas orientales del mar Báltico se encuentran, pueden servir quizás de testimonio de que las doctrinas del cristianismo no fueron sembradas en tierra del todo estéril.

También la Irlanda fué objeto de las tentativas propagandistas de Roma; allí se encontraban, desde hacía mucho tiempo, algunos cristianos, que eran los prisioneros que los escoceses hacían en sus correrías y algunos indígenas que se habían convertido en el extranjero; sin embargo, faltaba la organización religiosa, y la inmensa mayoría del pueblo irlandés se mantenía aferrada al culto nacional con sus fiestas dedicadas al sol y sus sacrificios humanos. Destruir estas creencias y establecer las verdaderas, fué la misión del citado Paladio, á quien el papa Celestino en 431 envió á Irlanda, después de haberle consagrado obispo de los escoceses cristianos. La tradición irlandesa designa las iglesias que Paladio hubo de fundar en aquella isla, pero hace constar, al propio tiempo, que no obtuvo gran éxito en su misión y que tuvo que abandonar muy pronto la Irlanda, muriendo no entre los irlandeses sino entre los pictos, en Fordun, según se cree. Entonces se presentó San Patricio.

El número de leyendas que acerca de este santo existen, muchas de ellas de tiempos muy antiguos, es extraordinario, y cada una añade nuevos datos á la historia de su larga vida, sin que por esto se tengan de ella noticias más exactas. Los investigadores modernos, ya por su parcialidad, ya por las preocupaciones con que en su mayor parte trataron este punto (1), no han puesto en su estudio todo el cuidado que se merece. Hay, sin embargo, una fuente para la historia de Patricio, contra cuya autenticidad no se puede oponer razón alguna formal, nos referimos á sus propias confesiones. Según estas, era hijo de un senador de Boulogne; á los diez y seis años fué robado y conducido á Irlanda, donde sirvió de pastor á un caudillo de Dalreida, en el extremo Nordeste de la isla. Un sueño le hizo tomar la resolución de dedicarse exclusivamente á la conversión de los irlandeses, pero desde que tuvo esta vocación hasta que la puso en práctica, transcurrieron muchos años, acerca de los cuales no nos da Patricio noticia alguna. Según la tradición irlandesa, que en este punto merece no ser despreciada, los pasó entregado á serios estudios en el convento de San Martín de Tours y en el de los monjes colonos de las islas de Lerin. De trascendencia suma para su vida fueron sus relaciones con German de Auxerre, y aun cuando no merece ser creída incondicionalmente la versión de que acompañó á este en su misión á Britania en 429, puede afirmarse, según parece, que se dirigió á Roma á instancias de German, que había ya recibido su misión del papa. Para nada interesa saber el tiempo que allí permaneció; el papa Celestino estaba visiblemente interesado por la misión enviada entre los celtas, y al saber el éxito desgraciado y la muerte de Paladio (en 432), confió á aquel campo de actividad abandonado al discípulo y amigo de German. Irlanda encontró, pues, su apóstol en Patricio, de este fué el nombre que recibió al ser consagrado obispo, de regreso de su viaje á las Galias.

En justicia no puede calcularse lo que vale un hombre por el éxito que haya obtenido, pero una gran actividad justifica la fama de las virtudes de una persona. Para apreciar debidamente á Patricio no podemos hacer cosa mejor que copiar las palabras con las cuales caracteriza en sus *Confesiones* su actividad. Dice así: «Para mí mismo no busco nada, pues quiero permanecer pobre y abandonado, tal como permaneció Cristo en la tierra, pues cada día debo encontrarme preparado para ser asesinado ó reducido á prisión sin haber dado motivo á ello. Nada de esto temo, fiado en las promesas del cielo, pues me he entregado por completo al Dios omnipotente que todo lo gobierna. El me ha elegido para esta misión, á mí que soy su más humilde siervo. Plegue á Dios que no pierda ninguna de las poblaciones que para El he conquistado en este extremo de la tierra.» Su misión no se vio cruelmente perseguida, á pesar de lo cual tuvo que luchar con bastantes obstáculos y peligros.

El mismo Patricio refiere que en cierta ocasión fueron él y sus compañeros presos para ser asesinados en un día dado. «Pero no había llegado todavía nuestra última hora: nos robaron cuanto llevábamos encima y á mí me sujetaron con cadenas, hasta que á los catorce días el Señor me libró de sus manos haciendo que por amor de Dios nos devolvieran lo que era nuestro y los amigos, que tan necesarios nos eran.» Esto pudo haber acontecido cuando en el condado de Leitrim hizo pedazos la imagen del dios del sol Cromerach, en honor del cual se sacrificaban niños, ó bien cuando encon-

(1) Muy detalladamente ha sucedido esto con el obispo de Saint Gallen, Greith, en su obra: *Historia de la antigua Iglesia irlandesa y sus relaciones con Roma, las Galias y Alemania, desde 430 hasta 630*. Friburgo, 1867. El punto capital de esta obra es el de las relaciones con Roma.

trándose cierto día en la villa irlandesa de Tara (al Noroeste de Dublin) en la víspera de Pascua, encendió, al hacerse de noche, el cirio pascual, siguiendo la antigua costumbre. En aquella misma noche el rey Leoghaire celebraba con los magnates de Tara una fiesta pagana, durante la cual y siguiendo los ritos druidicos, no podía encenderse hoguera alguna. Por su falta fueron presos los misioneros y conducidos ante la asamblea, cuyas creencias paganas no podían ya apoyarse en sólidas bases. Entablóse entonces una discusión religiosa con los cristianos, y apenas comenzada, un druida y dos hijas del rey, al decir de la leyenda, se unieron al bando de los misioneros. A este suceso parece aludir Patricio cuando dice con acento de triunfo: «Los hijos de los escoceses se han hecho monjes y las hijas de los reyes, vírgenes de Jesucristo.»

La innegable propensión que encontró Patricio entre el pueblo irlandés para convertirse á las nuevas creencias, y el gran número de templos que en casi todos los puntos de la isla construyeron él y sus compañeros, le obligaron á pensar en aumentar las fuerzas activas religiosas y á pedir que se le enviaran auxiliares de Italia, de las Galias, y sobre todo, de las comarcas britanas, afines por su raza y por su lenguaje de las irlandesas. En efecto, se le enviaron y se le unieron hombres que además de su religiosidad tenían el carácter de representantes de la antigua cultura y que cuanto más amenazadas y acosadas se veían la Iglesia y la civilización por los progresos de los sajones, tanto más dispuestos se mostraron á acudir al llamamiento que se les hacía desde Irlanda, donde podían ambas encontrar nuevo asiento. A su afluencia y á su celo se debe que, á fines del siglo V,—Patricio murió según parece en 493,—no solo fuesen conquistadas para el cristianismo la Irlanda y demás islas vecinas, no solo que fuesen consagrados muchos obispos y fundados muchos conventos en los cuales encontraron en cierto modo su continuación los colegios de los druidas, sino que también estos centros de educación religiosa fuesen centros de vigilante conservación de todo aquello que en dichos países se había salvado de la civilización antigua. Según la tradición, Patricio debió llevar entre sus compañeros algunos artesanos expertos que forjaron las campanas y demás objetos del culto, y entre los misioneros y los obispos hubo sin duda también algunos artistas en este ramo. A la caligrafía se le dió una importancia especial: el alfabeto latino fué entonces introducido por vez primera en la isla, y aun cuando se considerase legendaria la tradición de que Patricio compuso abecedarios, siempre sería una prueba de que el cristianismo y la Iglesia que echaba sus raíces se cuidaban de hacer desaparecer la escritura indígena. En una columna de piedra con una cruz labrada y la inscripción: (*Crux domini*) (1), se ha encontrado un alfabeto que difícilmente puede considerarse anterior al siglo VI. En los conventos de Britania y de Irlanda, innumerables monjes se ocupaban en copiar obras religiosas y profanas, empleándose en este trabajo lo propio la escritura uncial común que la perfeccionada manuscrita, más adelante adoptada también por los sajones. Una de las cosas que más llaman la atención en estos trabajos caligráficos de los monjes britanos é irlandeses, son los adornos. Las iniciales, en cada uno de sus rasgos, estaban encerradas en un marco de espesos puntos encarnados y á menudo veíanse también formadas por entrelazados de colores. Los adornos más bonitos salían de una fantasía inagotable, que siempre encontraba nuevos dibujos y daba por remate á todos los entrelazados cabezas de animales fantásticos. No estaban con igual perfección reproducidas las figuras humanas por aquellos artistas.

(1) Gaidoz, tabla II.

Cierto que esta cultura romano-cristiana quedó reducida al centro religioso y no fué tan pronto patrimonio común del vulgo, pero algo significaba para el porvenir el hecho de que la cohesión con la antigüedad no se rompiera en Britania á pesar de haber cesado las relaciones políticas con las comarcas del Mediterráneo, y se estableciera por vez primera en Irlanda. La antigüedad subsistió en estas comarcas lo suficiente para poder dejar en ellas sus últimos frutos y su más preciosa herencia, que era el cristianismo.

CAPITULO III

ESTABLECIMIENTO DE LOS ALEMANES EN BRITANIA

El espíritu que informaba el organismo del Estado romano, se conoce mejor que por otra cosa por el hecho de que al perecer el todo, ninguna de las provincias se encontraba por sí sola en condiciones de crearse una nueva vida independiente. ¿Cómo hubieran podido sostenerse por sí solos los provinciales britanos, corrompidos por una mala administración, debilitados por las sublevaciones y por las invasiones de que durante algunos siglos les hicieron objeto los extranjeros, y perdidos la mayor parte de sus hombres aptos para las armas? Aun cuando los recuerdos que se encuentran en Gildas relativos á aquella época «en que los romanos se marcharon para no volver más,» tienen un carácter un tanto legendario, no dejan por esto de ser expresión del convencimiento de que no se creía poder vivir sin pensar en el que hasta entonces había sido centro del mundo. En el año 446 la provincia evacuada solicitó, naturalmente en vano, el apoyo de Aecio. ¿De quién pasaría á ser botín? ¿De los bárbaros afines de raza de Escocia é Irlanda, ó de los no menos bárbaros oriundos de Alemania? Los primeros habían invadido el baluarte de tierra mal defendido, derrotando á los habitantes de aquellas comarcas, ó haciéndoles prisioneros ú obligándoles á refugiarse en los bosques, donde la necesidad forzó á hacerse bandoleros á aquellos que habían salvado algo. Una victoria como la que consiguió San German es un hecho que se ofrece con poca frecuencia. Al desorden interior se unían los apuros del exterior. Los caudillos ó reyes de los distintos territorios, hombres, por regla general, que querían hacer derivar sus derechos ya de la posición por ellos ocupada durante la organización romana, como el mencionado Ambrosio, ya de su descendencia de la estirpe de los antiguos príncipes nacionales, como Gnorthigirn, que reinaba en los territorios del Sudeste, no querían en manera alguna asociarse ni someterse voluntariamente á ninguno de los que consideraban sus iguales por ser de la misma clase. Sus luchas llenan los períodos que mediaron entre las varias invasiones extranjeras. La Iglesia no podía tampoco servir de lazo de unión único, pues además de la corrupción de costumbres del clero, contra la cual tanto se clamó, ni todos los provinciales pertenecían á la Iglesia cristiana ni todos los que de ella formaban parte comulgaban en las mismas doctrinas. Las discordias eclesiásticas, de cuya intensidad nos permite formar idea la misión de German, precipitaron necesariamente el desorden general. El hambre, consecuencia de la guerra en un país que poco antes había alimentado con sus cereales á las Galias, y una terrible peste, completaron la miseria, cuyas causas primordiales fueron las repetidas rapiñas de los pictos y escotos, para acabar con los cuales se imploró el auxilio de los sajones.

Cuando los príncipes britanos se resolvieron á tomar á su servicio á los sajones, no hicieron más que seguir el ejemplo de sus antiguos señores, los romanos, los cuales en distintas ocasiones enviaron á residir en la isla á los germanos de las